

to tan aficionado á ella, y en mi corazón veo unos movimientos tan extraordinarios y divinos, que adonde no me inclina la razon humana, veo que me llama la voluntad divina, y aunque no quiero, me veo abrazar con el afecto lo que ántes por la fuerza de los argumentos y razones humanas aborrecia. Así que el mismo cardenal Guidicion alabó despues al Papa el instituto de la Compañía con grande eficacia, y el Papa le leyó, y quedó tan admirado, que con espíritu de pontífice sumo dijo en leyéndole: *Digitus Dei est hic*; que quiere decir: «Este es el dedo de Dios»; y afirmó que de tan pequeños y flacos principios no esperaba él pequeño fruto ni poco provecho para la Iglesia de Dios. Desta manera quedó confirmada la Compañía, el año de mil y quinientos y cuarenta, á los veinte y siete de Septiembre; mas fué por entónces con cierta limitacion y tasa, porque no se dió facultad que pudiese crecer el número de los profesos (1) más de hasta sesenta, lo cual ordenó así Dios nuestro Señor para que con maravillosa consonancia se fuesen respondiendo los principios á los medios, y los medios á los fines; porque esta Compañía fué ántes que naciese probada y tentada en España en su

(1) Borrado.

fundador Ignacio, y recién nacida, fué en Francia y en Italia combatida ántes que el sumo Pontífice la aprobase, y agora, habiendo ya salido á luz, el mismo Papa, con grandísima prudencia, la quiso probar y irse poco á poco y con tiento en su confirmacion, por lo cual puso tasa en el recibir á la profesion (2), y duró esta manera de probacion hasta el año de mil y quinientos y cuarenta y tres, en el cual el mismo Papa, viendo los efectos de la divina gracia, que confirmaba la doctrina de los padres con su omnipotente virtud, quitó aquella limitacion del número y abrió la puerta para todos cuantos quisiesen recibir, y desde allí fué creciendo y se hizo valiente y robusta; y fué de Julio III, el año de mil y quinientos y cincuenta, otra vez confirmada, y de todos los otros pontífices que despues le han sucedido ha sido establecida y acrecentada de muchas y grandes gracias y privilegios, como en su propio lugar se dirá (3).

(2) Borrado.

(3) En la segunda edicion añadió el PADRE RIVADENEIRA el capítulo XVIII, que trata de lo que pretendió Dios nuestro Señor en la institucion y confirmacion de la Compañía; y el XIX, en que Prosigue el capítulo pasado, y declárase la necesidad y disposicion que habia de dilatar nuestra santa fe entre los gentiles. Ambos ocupan un espacio de 24 fojas dobles, y más que biográficos, son enco miásticos.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo fué elegido por prepósito general.

Despues de confirmada la Compañía por el papa Paulo III, la primera cosa en que pusieron los ojos todos los primeros padres della fué en hacer eleccion entre sí de un superior que con espíritu y prudencia la gobernase; cuyo estado entónces era éste: los padres maestro Francisco Javier y maestro Simon estaban en Portugal; el maestro Pedro Fabró en Alemania, adonde habia ido á la dieta imperial de Vórmes, en compañía del doctor Ortiz; el padre Lainez estaba en Parma, Claudio Yayo en Bresa, Pascasio en Sena, y Nicolas de Bovadilla en Calabria. Ignacio se habia quedado solo con Salmeron y Juan Coduri en Roma. Tambien estaban estudiando en la universidad de París algunos pocos mancebos que ya deste entónces se habian aplicado á la Compañía; los cuales habian sido enviados del padre Ignacio para este efecto desde Roma. En la misma ciudad de Roma estábamos obra de una docena, que nos habiamos allegado á los primeros padres, para seguir su manera de vida é instituto; morábamos con grande pobreza y estrechura en una casa alquilada, vieja y caediza, enfrente del templo viejo de la Compañía, y que para el nuevo que agora tenemos se ha derribado. Y como yo era uno de los que en este tiempo

estaban en Roma, podré hablar como testigo de vista en lo que de aquí adelante se contará (1). Estando pues las cosas en este estado, fueron llamados á Roma todos los padres que de los diez primeros andaban por Italia, trabajando en la villa del Señor, y vinieron todos cerca de cuaresma del año de mil y quinientos y cuarenta y uno; sólo faltó el padre Bovadilla, que por mandado de su Santidad se quedó en Bisignano, ciudad de Calabria. Y porque el sumo Pontífice queria luego enviar algunos de los otros padres á varias provincias, no se pudo aguardar más á Bovadilla ni dilatar más la eleccion del General; así que, mediada cuaresma, Ignacio, Lainez, Salmeron, Claudio, Pascasio y Coduri se juntaron en Roma. Y despues de haber ventilado las cosas que para acertar en la buena eleccion se ofrecian, determinan de estar tres dias en oracion y que entre sí guarden silencio y no traten della, y que despues cada uno traiga su voto, escripto de su mano, en el cual declare á quién da su voz. Pasados los tres dias, tórnanse á congregar, y juntan los votos que cada uno traía con los de los otros padres ausentes; los cuales ellos, ó habian dejado escriptos ántes que partiesen de Roma, ó los habian enviado despues.

(1) Borrado; pero á pesar de eso, no se suprimió en las siguientes.

Y para mayor confirmacion y establecimiento de la eleccion, determinaron de estar otros tres dias en oracion, sin leer los votos, los cuales abrieron al cuarto dia, y por voto de todos los presentes y ausentes, fué declarado Ignacio por prepósito general; de manera que no le faltó otro voto sino el suyo. Mas él, como quien de corazón y de verdad estaba más aparejado para obedecer que para mandar, diceles así: «Yo, hermanos, no soy digno deste oficio ni lo sabré hacer, porque quien no sabe bien regirse á sí, ¿cómo regirá bien á los otros? Y porque con toda verdad y sinceridad, delante de Dios nuestro Señor, yo así lo entiendo, y porque miro los vicios y malos hábitos de mi vida pasada, y los pecados y muchas miserias de la presente, no puedo acabar conmigo de recibir la carga que me echais acuestas. Por tanto ruegoos por amor del Señor que no lo tengais á mal, y que de nuevo, por espacio de otros tres ó cuatro dias, con más ahinco y fervor encomendeis este negocio á su divina Majestad, para que alumbrados con la luz de su espíritu y favorecidos de su gracia, elijamos por padre y superior al que mejor que todos ha de regir la Compañía.» Quisieron al principio irle á la mano los padres, mas al fin fueron forzados á consolarle y á condescender con él; y tomando tiempo para de nuevo deliberar, juntanse despues de cuatro dias otra vez, y con el mismo consentimiento y union de voluntades tornan á elegir á Ignacio por superior y general. Él entónces, temiendo por una parte de contradecir á todos, y por otra de encargarse de peso que juzgaba ser sobre sus fuerzas, díjoles así: «Yo pondré todo este negocio en manos de mi confesor, y yo le daré cuenta de los pecados de toda mi vida, y le declararé las malas inclinaciones de mi alma y las malas disposiciones de mi cuerpo. Y si él, con todo eso, en el nombre de Jesucristo nuestro Señor me mandare ó aconsejare que tome sobre mí tan grande carga, yo le obedeceré.» Aquí comenzaron todos á reclamar, diciendo que harto entendida estaba la voluntad de Dios, y apretaban á Ignacio para que no los entretuviese más con sus humildades ni dilatase este negocio, porque ya esto parecia querer repugnar á Dios; mas como no le pudiesen apartar de su parecer, finalmente, que quisieron que no, hubieron de condescender con lo que él pedia. Hizo su confesion general Ignacio, y estuvo tres dias, que fueron juéves y viérnes y sábado santo, apartado de sus compañeros, en San Pedro Montorio, monasterio de frailes franciscos, donde fué crucificado san Pedro, ocupado en solo este negocio. Dió parte á su confesor (1) de toda su vida pasada, y el dia de Pascua de Resurreccion preguntóle qué le parecia. Responde el confesor que le parecia que en resistir á su eleccion resistia al Espíritu Santo. Entónces Ignacio le torna muy de propósito á rogar que lo mire de nue-

(1) En la segunda edicion añadió estas palabras: «El cual era entónces un santo y grave varon, llamado fray Teófilo (que despues, siendo Ignacio general, tomó por confesor de la Compañía).» El parentesis de letra cursiva, borrado, pero se continuó poniendo.

vo con más atencion y lo encomiende de veras á Dios, y que lo que despues desto le pareciere, lo escriba en una cédula de su mano, y sellada la envíe á sus compañeros. Hizolo así el confesor, y escribió la cédula, en que decia que su parecer era que Ignacio en todo caso se encargase del gobierno de la Compañía. Ya entónces, con grandísimo regocijo y aplauso de todos, dijo que lo haria; y señalaron el viérnes siguiente despues de Pascua de Resurreccion, que era á veinte y dos de Abril, para visitar las siete iglesias, que son las estaciones principales de Roma; y en la iglesia de San Pablo, que es una dellas, apartada del ruido de la gente, y de gran devocion, hacer todos su profesion, la cual se hizo de esta manera: como llegaron aquel dia á San Pablo, se reconciliaron todos, confesándose brevemente unos con otros; Ignacio dijo la misa en la capilla de Nuestra Señora, donde entónces estaba el Santísimo Sacramento. Llegando el tiempo de recibir el Cuerpo del Señor, teniéndole en la patena con la una mano, y con la otra su profesion escripta, se volvió hácia los padres y en voz alta dijo desta manera: «Yo, Ignacio de Loyola, prometo á Dios todopoderoso y al sumo Pontífice, su vicario en la tierra, delante de la Santísima Virgen y Madre María y de toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, perpétua pobreza, castidad y obediencia, segun la forma de vivir que se contiene en la bula de la Compañía de Jesus Señor nuestro, y en sus constituciones, así las ya declaradas, como las que adelante se declararen. Y tambien prometo especial obediencia al sumo Pontífice cuanto á las misiones en las mismas bulas contenidas. Item prometo de procurar que los niños sean enseñados en la doctrina cristiana, conforme á la misma bula y constituciones.» Tras esto recibió el Santísimo Sacramento del cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor. Luego los otros padres, sin guardar orden ninguno de antigüedad, hicieron su profesion en esta forma: «Yo Fulano prometo á Dios todopoderoso, delante de la Sacratísima Virgen, su Madre, y de toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, y á vos, reverendo padre, que teneis el lugar de Dios, perpétua pobreza, castidad y obediencia, segun la forma de vivir contenida en la bula de la Compañía de Jesus y en las constituciones, así declaradas, como las que se han de declarar adelante. Y más, prometo especial obediencia al sumo Pontífice para las misiones contenidas en la dicha bula. Y tambien prometo de obedecer en lo que toca á la enseñanza de los niños, segun la misma bula.» Y así, despues de haber leído cada uno su profesion, comulgó de mano de Ignacio. Acabada la misa y visitados los santos lugares de aquel templo con mucha devocion, vanse los padres al altar mayor, en el cual estan sepultados los huesos sagrados de los gloriosos príncipes de la Iglesia san Pedro y san Pablo. Allí se abrazaron con grande amor y abundancia de lágrimas, que todos derramaban de puro gozo espiritual y devocion fervo-

rosa, dando infinitas gracias á la suma y eterna Majestad de Dios porque habia tenido por bien llegar al cabo y perfeccionar lo que él mismo habia comenzado, y porque les habia dejado ver aquel dia tan deseado, en que los habia recibido en holocausto de suave olor, y dádoles gracia que unos hombres de tan diversas naciones fuesen de un mismo corazon y espíritu, y hiciesen un cuerpo con tan concorde union y liga para más le agradar y servir. No quiero dejar de decir la extraordinaria y excesiva devocion que el maestro Juan Coduri sintió aquel dia con tan vehemente y divina consolacion, que en ninguna manera la podía reprimir dentro de sí, sino que á borbollones salía fuera. Yo anduve con los padres aquel dia, y vi lo que pasó: iba delante de nosotros Juan Coduri, en compañía de Lainez, por aquellos campos; oíamosle henchir el cielo de suspiros y lágrimas; daba tales voces á Dios, que nos parecia que desfallecia y que habia de reventar por la grande fuerza del afecto que padecia, como quien daba muestras que presto habia de ser libertado desta cárcel del cuerpo mortal. Porque en este mismo año de mil y quinientos y cuarenta y uno, en Roma, el que fué el primero que hizo la profesion despues de Ignacio, fué tambien el primero de los diez que pasó desta vida, á los veinte y nueve de Agosto, dia de San Juan degollado. Nació en Proenza, en un pueblo llamado Sein, y nació dia del glorioso San Juan Baptista. Fué ordenado de misa el dia mismo de su nacimiento. Murió el dia de la muerte deste bienaventurado precursor, y murió de su misma edad. Fué en oír confesiones (para los pocos años que fué sacerdote) muy ejercitado y eficaz, y diestro en tratar y mover los prójimos á la virtud, y hombre de rara prudencia; por lo cual habia venido á ser muy bienquisto y á tener grande autoridad con personas principales para las cosas de Dios. Vió entrar en el cielo el ánima deste padre, rodeada de una clarísima luz, entre los coros de los ángeles, una persona devotísima que á aquella hora estaba en oracion; que así lo escribió Ignacio al maestro Pedro Fabro. Y yendo el mismo Ignacio á decir misa por él á San Pedro Montorio, que está de la otra parte del rio Tibre, llegando á la puente que llaman de Sixto, porque la edificó ó reparó el papa Sixto IV, al punto que acabó de espirar Juan Coduri, se paró Ignacio, como salteado de un súbito horror que de repente le dió; y volviéndose á su compañero, que era el padre Juan Baptista Viola (que hoy dia vive y me lo contó á mí), le dijo: «Pasado es ya desta vida Juan Coduri.»

CAPÍTULO II.

Cómo Ignacio comenzó á gobernar la Compañía.

En recibiendo el cargo de prepósito general, luego comenzó Ignacio á tratar con mucho peso, así las cosas que pertenecian á la Compañía universal, como las que tocaban al buen gobierno de aquella casa de Roma. Y por humillarse él y aba-

jarse tanto más cuanto en más alto estado Dios le habia puesto, y para provocar á todos con su ejemplo al deseo de la verdadera humildad, luego se entró en la cocina, y en ella por muchos dias sirvió de cocinero, y hizo otros oficios bajos de casa, y esto con tantas véras y tan de propósito como si fuera un novicio que lo hacia por solo su aprovechamiento y mortificacion. Y porque por las ocupaciones que cada dia se le ofrecian, muchas y muy grandes, no podia libremente del todo darse á estos oficios de humildad, de tal manera repartía el tiempo, que ni faltaba á los negocios más graves, ni dejaba los que tocaban á la cocina. Despues desto comienza á enseñar la doctrina cristiana á los niños, lo cual hizo cuarenta y seis dias arreo en nuestra iglesia; pero no eran tantos los niños, cuantas eran las mujeres y los hombres, así letrados como sin letras, que á ella venian. Y aunque él enseñaba cosas más devotas que curiosas, y usaba de palabras no polidas ni muy propias, ántes toscas y mal limadas, eran empero aquellas palabras eficaces y de gran fuerza para mover los ánimos de los oyentes, no á darles aplauso y con vanas alabanzas admirarse dellas, sino á llorar provechosamente y compungirse de sus pecados. De manera que cuando él acababa su plática, muchos se iban gimiendo, y echándose á los piés del confesor, no podian decir sus pecados, porque estaban sus corazones tan atravesados de dolor y tan movidos, que de lágrimas y sollozos apenas podian hablar. Lo cual muchas veces me contó el padre maestro Lainez, que en aquel tiempo confesaba en nuestra iglesia. Aunque, acordándome yo de lo que entonces vi, no tengo por qué tener esto por cosa nueva ni extraña. Porque me acuerdo de oír predicar á Ignacio entonces con tanta fuerza y con tanto fervor de espíritu, que parecia que de tal manera estaba abrasado del fuego de caridad, que arrojaba unas como llamas encendidas en los corazones de los oyentes, tanto, que aun callando él, parecia que su semblante inflamaba á los presentes y que los ablandaba, y derretia con el divino amor la inflamacion de todo su rostro. Y para que mejor se entienda la fuerza de Dios nuestro Señor, que hablaba en este su siervo, y la cuenta que él tenia con la humildad y con el menosprecio de sí mismo, quiero añadir que *yo en este tiempo repetía cada dia al pueblo lo que Ignacio habia enseñado el dia ántes* (1). Y temiendo que las cosas provechosas que él decia no serian de tanto fruto ni tan bien recibidas por decirse en muy mal lenguaje italiano, *díjesele á nuestro padre* (2), y que era menester que pusiese algun cuidado en el hablar bien; y él con su humildad y blandura me respondió estas formales palabras: «Cierto que decís bien; pues tened cuidado (yo os ruego) de notar mis faltas y avisarme dellas, para que me en-

(1) Borrado. Enmendó de modo que dijese: «quiero añadir que temiendo yo que las cosas», etc.

(2) Borrado: «le dije que era menester.» No se siguió la enmienda.

miende.» Hicelo así un dia con papel y tinta, y vi que era menester enmendar casi todas las palabras que decia; y pareciéndome que era cosa sin remedio, no pasé adelante, y avisé á nuestro padre de lo que habia pasado, y él entonces con maravillosa mansedumbre y suavidad me dijo: «Pues Pedro, ¿qué harémos á Dios?» Queriendo decir que nuestro Señor no le habia dado más, y que le queria servir con lo que él le habia dado. Así que sus sermones y razonamientos no eran adornados con palabras de la humana sabiduría para con ellas persuadir, mas mostraban fuerza y espíritu de Dios, como dice el apóstol san Pablo de sí. Que en fin, el reino de Dios, como dice el mismo apóstol en otro lugar, no consiste en palabras elegantes, sino en la fuerza y virtud del mismo Dios con que las palabras se dicen, envolviéndose en ellas el mismo Dios, y dádoles espíritu y vida para mover á quien las oyere.

CAPÍTULO III.

Cómo Francisco Javier pasó á la India, y Simon Rodriguez quedó en Portugal.

En este mismo año de mil y quinientos y cuarenta y uno, á siete de Abril, se embarcó en Lisboa el padre Francisco Javier, en la nao capitana que llevaba al virey don Martin Alonso de Sosa, y se hizo á la vela, dando principio á aquella dichosa jornada de la India Oriental. El padre maestro Simon se quedó en Portugal por la causa que agora diré. Mientras estos dos padres estaban en Portugal, aguardando el tiempo en que la armada habia de partir á la India; por no estar entretanto ociosos, comenzaron, como en otras partes lo solian hacer, á despertar la gente y traerla al servicio de Dios. Y especialmente aficionaron á muchos de los más principales del reino de Portugal, no menos con el ejemplo de su vida que con sus pláticas y conversacion familiar. Por lo cual algunos señores de su corte advirtieron al Rey que siendo aquellos padres de tanta virtud y prudencia, seria bien que su alteza considerase si por ventura serian de más provecho en su reino de Portugal que no en la India. Entroyeron esto los padres, y dieron luego aviso por sus letras á Ignacio de lo que pasaba, y que temian no les mandase quedar el Rey en Portugal, contra el órden que de su Santidad tenian de ir á la India. Ignacio luego dió cuenta de todo lo que sus compañeros le escribian á su Santidad, el cual habiéndolo entendido, se remitió en toda á la voluntad del Rey. Y así Ignacio les escribe que habiendo el Pontífice puesto en las manos del Rey todo el negocio, ellos podian y debian obedecer á su alteza sin escrúpulo del primer mandato de su Santidad. Mas que si por ventura el Rey quisiese saber su parecer en esto, seria que el maestro Francisco Javier partiese á la India, y el maestro Simon quedase en Portugal. Este parecer tuvo el Rey por bueno, y así se hizo. Deste pequeño granito de trigo que allí se sembró, han nascido los manojos y fruto que por manos de la Compañía Dios nues-

tro Señor ha sido servido de coger en Portugal y en aquellas remotísimas y anchurosas provincias de la India Oriental.

CAPÍTULO IV.

Cómo los padres maestro Salmeron y maestro Pascasio fueron enviados por nuncios de su Santidad á Irlanda.

Envió tambien el Papa, este mismo año de cuarenta y uno, á la isla de Ivernia ó Irlanda, por sus nuncios apostólicos, á los padres maestros Alonso Salmeron y Pascasio Broet. Dióles muy ampla potestad, de la cual ellos usaron moderada y discretamente, no faltando á ninguna de las cosas que requerian diligencia, para bien ejercitar su oficio. Trabajaron mucho por sustentar en la antigua y verdadera religion católica aquellos pueblos ignorantes é incultos, que con la potencia y vecindad de Henrico VIII, rey de Inglaterra, se iban ya perdiendo y faltando della. Declararon á las gentes las verdades católicas, enseñándoles la falsedad contraria, de que se habian de guardar. Nunca pidieron dinero á nadie, ni lo recibieron aunque se lo ofreciesen voluntariamente. Las penas en que los reos caian, sin que llegasen á sus manos, todo lo mandaban repartir á los pobres. Y habiéndose detenido en aquella provincia algun tiempo, usando desta templanza y moderacion en su oficio, se volvieron á Francia, porque vieron cerradas las puertas á la verdad, y porque supieron que ciertos hombres perdidos trataban de entregarlos á mercaderes ingleses, y venderlos por dinero, que los querian para entregarlos al rey Henrico de Inglaterra, de cuyas manos milagrosamente habian escapado navegando á Irlanda. Avisado del peligro en que estaban el sumo Pontífice, habia mandado que se pasasen al reino de Escocia con la misma facultad y poder de nuncios apostólicos. Mas despues, considerando su Santidad que ya aquella provincia estaba inficionada y mal afecta contra la Sede Apostólica, y que ya mucha gente noble, pervertida y engañada, le habia perdido la obediencia y reverencia tan debida, pareciéndole que no era buena sazón de enviarlos, los mandó volver para sí á Roma. Salieron de Paris los nuncios apostólicos, camino de Roma, á pié y pobremente vestidos, y con harto flaca provision de viático. Y llegados desta manera á Leon de Francia, los prendieron por espías y los echaron en la cárcel pública; á lo cual dió ocasion el haber entonces rompido guerra Francia con España, viniendo el delfin Henrico con ejército poderoso á Perpiñan; y el ver dos clérigos, el uno frances y otro español, en aquel hábito en tiempo tan sospechoso. Tuvieron noticia desta prision los cardenales de Tornon y Gadi, que á la sazón se hallaron en Leon, y mandáronlos sacar della, y dádoles liberalmente en qué ir, y lo necesario para su camino, los enviaron muy honradamente á Roma. Entre tanto que esto pasaba, en el mismo año de cuarenta y uno, fué de Alemaña, con el doctor Ortiz, á España el padre Fabro, y en su lugar partió para Alemaña, por ór-

den de su Santidad, el padre Bovadilla, despues de haber hecho en Roma su profesion. De manera que como de lo dicho en este capitulo se colige, dentro de un año entero despues que la Sede Apostólica confirmó la Compañía, ya estaba esparcida por las provincias de Italia, Francia, España, Alemania, Irlanda, Portugal y la India.

CAPÍTULO V.

Cómo se fundaron los colegios de Coimbra, Goa y la casa de Roma.

Estando las cosas de la Compañía en el estado que dicho es, el rey de Portugal, don Juan el Tercero, despues de haber enviado á Francisco Javier á la India, con el gran cuidado que tenia de la salvacion de aquellas almas, trató de buscar manera como cada año pudiese enviar á allá algunos de los nuestros; y así, se determinó de hacer un colegio de nuestra Compañía, que fuese el seminario donde se criase gente y nunca faltase para enviar á la India; y para esto añadió este colegio á la insigne universidad de Coimbra, que poco ántes el mismo Rey habia fundado. Fué este colegio de Coimbra origen y principio de todos los demas que en aquel reino se han fundado. Para la fundacion deste colegio envió Ignacio al maestro Simon, algunos de los más aprovechados varones y mozos que habian entrado en la Compañía, y estaban en Roma y en París; y fué esto el año de mil y quinientos y cuarenta y uno. Y pues viene á propósito, no quiero (aunque de paso) dejar de decir la manera como en aquel tiempo Ignacio enviaba nuestros hermanos á tierras y provincias tan apartadas. Iban peregrinando á pié, y aunque no todos de un hábito, todos pobremente vestidos. Iban pidiendo limosna, y della vivian. Recogianse á los hospitales donde los habia; cuando no hallaban de limosna qué comer ó dónde dormir, socorrianse con algun dinerillo que para este fin y para semejante necesidad llevaban guardado. Predicaban en las plazas, segun la oportunidad y tiempo que hallaban. Animaban á todos los que topaban á la penitencia de sus pecados, á la confesion y oracion y á todo género de virtud. Saliendo de la posada, se armaban con la oracion, y en entrando, tambien se recogian á ella. Confesaban y comulgaban los domingos, ó más á menudo, los que no eran sacerdotes. Habia entre ellos suma paz y suma concordia, y tenian el ánimo siempre regocijado. Era tan grande el deseo que tenian de trabajar por Cristo; y tan encendido de padecer por su amor, que no se acordaban ni de los trabajos ni de los peligros de tan prolijos caminos. Mandábales el padre que el más flaco y que ménos podia andar fuese delante de todos, para que la regla y medida de su camino en el andar y en el parar fuese lo que aquel podia, y los más fuertes siguiesen á los más flacos. Y porque no habia entónces colegios de la Compañía en que albergarse, y porque, por no ser aún ella conocida, no tenian devotos ni personas que los acogiesen en tiempo de alguna necesidad, ordenaba Ignacio (y

así se guardaba) que si alguno enfermase en el camino de manera que no pudiese pasar adelante, se detuviesen todos con él y le aguardasen algunos pocos de dias. Y si la enfermedad pareciese larga, quedase uno de los compañeros con el enfermo, y que éste fuese el que era más á propósito para servirle y regalarle, señalándole para ello el que iba por superior. Desta manera pues iban los nuestros en aquellos principios, enviados de Ignacio, desde Roma á París y á España. Desta manera vinieron á Portugal los que dieron principio al colegio de Coimbra, los cuales fueron del Rey muy bien recibidos. Y mientras en Coimbra se aparejaban las cosas para el colegio, se detuvieron algunos dias en Lisboa y dieron tambien principio á la casa de San Antonio de aquella ciudad. Pero tambien en la India comenzó la Compañía á fructificar luégo que la virtud y prudencia del padre Francisco Javier fué tratada y conocida, como lo contarémos en su lugar; porque el año de mil y quinientos y cuarenta y dos se dió á la Compañía en Goa (que es la cabeza y la más principal ciudad que tiene el Rey de Portugal en la India) un colegio, que estaba ya fundado, para criar y enseñar á los hijos de los gentiles que se convirtiesen á nuestra santa fe. Fué dado á los nuestros para que tuviesen el cuidado de instruir á aquellos niños en la vida y doctrina cristiana, y para que pudiesen acoger á sus hermanos que de nuevo les enviasen de Portugal, y tambien para que los que de aquella tierra quisiesen entrar en la Compañía, tuviesen allí su casa de probacion. Finalmente, para que fuese aquel colegio como un castillo roquero para defensa de nuestra fe contra los enemigos della. De tan pequeños y bajos principios fué mucho lo que crecieron estos dos colegios de Coimbra y de Goa; porque llega el de Coimbra á tener más de doscientas personas, y el de Goa á ciento y veinte. Y en el uno y en el otro se enseñan públicamente todas las disciplinas y artes liberales que á un teólogo suelen ser necesarias. Así que podemos decir con verdad que á estos dos colegios se debe casi todo el fruto que, con la divina gracia, ha cogido la Compañía en Japon, en la China (1), en la Persia, en la Etiopía y en otras muchas naciones ciegas, por estar sin el conocimiento verdadero de Dios. Y de lo dicho tambien se saca que de todos los colegios que en la Compañía hasta agora se han fundado, tiene el primer lugar el de Coimbra, comenzado entónces, y despues acabado (2) con la liberalidad y grandeza del serenísimo rey de Portugal, don Juan el Tercero. De los colegios, digo que éste es el primero, porque la casa de Roma es la madre de toda la Compañía, de la cual, como de primer principio y cabeza, por la industria y buen gobierno de Ignacio, nacieron todos los otros, que como colonias se fueron multiplicando y extendiendo por tan diversas naciones

(1) India. (Riv.)

(2) De dotar. (Riv.)

CAPÍTULO VI.

Cómo se fundó el colegio de Padua.

Por el mismo tiempo, á instancia de la señoría de Venecia, fué el padre maestro Lainez enviado por el sumo Pontífice á aquella ciudad, el año de mil y quinientos y cuarenta y dos, para que enderezase y llevase adelante ciertas obras de caridad que allí se comenzaban, del cual, como hiciere escogidamente su oficio, tuvo noticia Andres Lippomano, prior de la iglesia de la Santísima Trinidad, persona illustre en sangre, y de gran fama de virtud y cristiandad, y por su importunidad se fué el padre Lainez á posar á su casa. Estando Lainez en ella, fué tanto lo que de su trato y de su vida el Prior se edificó, y tanto lo que se pagó de su ingenio y de todo el instituto de la Compañía cuando lo entendió, que luégo trató con el padre Lainez de hacer un colegio della en Padua, porque tambien tenia en aquella ciudad otro priorado, que llamaban de la Magdalena, que era de la orden y hospital de los caballeros de Santa María de los Teutónicos, instituida antiguamente de aquella nacion cuando pasaban á la conquista de la Tierra Santa los alemanes. Este priorado determinó Lippomano de dar para la fundacion del colegio, y mientras se impetraba de la Sede Apostólica la union del priorado, quiso sustentar en aquella ciudad algunos de los nuestros, por gozar, no solamente de la esperanza del fruto venidero, mas tambien del provecho presente. Y así, el año de mil y quinientos y cuarenta y tres envió el padre Ignacio desde Roma algunos hermanos á Padua, para que se juntasen con Juan de Polanco, español, y Andres Frusio, frances, que ya estudiaban en aquella universidad, y echasen los cimientos de aquel colegio; y el año de mil y quinientos y cuarenta y seis se alcanzó del papa Paulo III lo que se deseaba, y por sus letras apostólicas se unió aquel priorado á la Compañía; mas despues, el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, pidiendo los nuestros á la señoría de Venecia que los pusiese en la posesion dél, un caballero, hermano del prior Lippomano (1), que pretendia el priorado para un hijo suyo, lo procuró estorbar con todas sus fuerzas, y como senador que era en aquella república, y tan principal, daba bien en qué entender á los padres Lainez y Salmeron, que de parte de la Compañía trataban el negocio; á los cuales, como á hombres advenedizos y pobres, les acacó una vez que entrando en el Senado para dar razon de su demanda, como tenia tanta parte en él este caballero, tanta burla hicieron dellos, que no faltaba sino silbarlos y patearlos; mas despues que se sosegaron, habló el padre Lainez de tal manera, que acabado su razonamiento, se levantaron en pié todos los senadores y los saludaron con muestra de mucha cortesía, maravillados no ménos de la prudencia y eficacia en el decir que de la modestia y hu-

(1) Borrado, mas no se admitió la supresion.

mildad del orador. Hallaban todavía grandes dificultades, porque los contrarios eran muy poderosos y el negocio en sí era arduo y odioso en aquella república; y así, teniéndolo ya casi por desahuciado, y no viendo ninguna buena salida en él, escribió Lainez al padre Ignacio en qué términos estaba, pidiéndole que para que nuestro Señor le diese buen suceso, dijese una misa por aquel negocio, porque él no hallaba otro remedio. Dijo Ignacio la misa, como se le pedía, el mismo día de la Natividad de nuestra Señora, y acabada, escribió á Lainez: «Ya hice lo que me pedistes; tened buen ánimo, y no os dé pena este negocio, que bien le podeis tener por acabado como deseais.» Y así fué, porque ocho días despues que se dijo la misa, que fué la octava del Nacimiento de nuestra Señora, se juntó sobre este negocio el Consejo, que en Venecia llaman Pregay, y conformándose los votos de casi todos los senadores, se mandó dar la posesion á los nuestros. Espantáronse mucho los hombres pláticos de aquella república, y tuvieron por cosa maravillosa y nunca vista que contra un ciudadano, caballero y tan principal, en junta de casi doscientos y cincuenta senadores, y entre ellos de tantos parientes y amigos suyos, hubiesen tenido tanta parte unos hombres pobres, forasteros y extraños, porque sólo tres votos tuvo él en su favor. Y para que este suceso no se pudiese atribuir á los hombres, sino á Dios, el día que esto se determinó en el Senado no vinieron á él los senadores que más favorecían nuestra causa; y tambien para que nosotros aprendiésemos á no estribar ni poner nuestras esperanzas en las criaturas, sino en Dios nuestro Criador, el cual áun convirtió en bien y favor de sus siervos lo que los contrarios tomaron por medio para nuestro mal; porque, como se hubiesen dicho muchas cosas de los que en el colegio de Padua entónces viviamos, y los adversarios hubiesen por todas las vías procurado hacernos sospechosos y odiosos á aquella república, por decreto del Senado se vino á hacer con mucho examen inquisicion de nuestra vida, doctrina y costumbres, y quiso nuestro Señor, por su bondad (sin saberlo nosotros), que los que fueron á tomar la informacion la hallaron de manera, que escribieron al Senado lo que bastó, no solamente para librarnos de toda sospecha, pero para tener entero crédito de la virtud y verdad que trata la Compañía; y esto fué gran parte para que se tomase la resolucio que se tomó y se nos mandase dar la posesion, y para tornar al año de mil y quinientos y cuarenta y dos, de que comenzamos á tratar, este mismo año de mil y quinientos y cuarenta y dos entraron los nuestros en Flándes, no tanto por su voluntad, quanto por una necesidad que se ofreció; porque, como repentinamente se hubiese encendido la guerra entre el emperador Carlos V y el rey de Francia, Francisco, fueron echados de Francia todos los españoles y flamencos que en ella estaban. Hallámonos á la sazón en París quince ó diez y seis de la Compañía, parte españoles, parte

italianos, de los cuales, para cumplir con los edictos reales, quedándose en París los italianos, los españoles hubimos de salir á Flándes (por ser provincia del Emperador la más vecina y segura), llevando por nuestro superior al padre Hierónimo Domenech, para proseguir en la universidad de Lovaina nuestros estudios. Fué tanto lo que con el ejemplo de los nuestros y con los sermones en latin del padre Francisco de Estrada se movió aquella universidad, que muchos estudiantes escogidos, mozos y hombres ya en doctrina y autoridad señalados, se llegaron á nuestro instituto y entraron en la Compañía, los cuales se confirmaron más y establecieron en ella con los consejos del padre maestro Fabro, que habiendo vuelto de España por Alemania la alta, era venido á Alemania la baja; y éste fué el primer principio por donde se vino á fundar y extender la Compañía en los estados de Flándes.

CAPÍTULO VII.

Cómo el Papa de nuevo confirmó la Compañía, y le dió facultad para recibir en ella todos los que quisiesen entrar.

Viendo pues Ignacio que no sólo se inclinaban á ser de la Compañía mozos hábiles y de mucha expectacion, sino tambien hombres eruditos y graves, y que se ofrecían fundaciones de colegios, y que los suyos por do quiera que andaban hacian gran fruto, y que no podian, por la prohibicion del sumo Pontífice, *hacer profesos* (1) en la Compañía á todos los que Dios nuestro Señor á ella llamaba, procuró con todo cuidado y suplicó á su Santidad que tuviese por bien de confirmar de nuevo la Compañía y de extender aquel breve número que en su primera aprobacion habia tasado, y abrir la puerta á todos los que viniesen á ella llamados de Dios; lo cual, como arriba se dijo, el Pontífice hizo con gran voluntad, el año de mil y quinientos y cuarenta y tres, á catorce días del mes de Marzo, movido del fruto que nuestros padres con su vida y doctrina hacian tan copioso en la Iglesia de Dios, y esperando que habia de ser mayor para adelante. Desde este tiempo comenzó nuestra religion á ir creciendo con notable aumento, cada día más. En esta sazón habia ya en la ciudad de Parma comenzado á crecer el grano que los padres Fabro y Lainez habian sembrado, y muchos sacerdotes de la misma tierra, que en la imitacion les eran discípulos y en el deseo compañeros, hacian el oficio de regar y labrar lo que aquellos padres habian plantado, por donde la devocion y piedad de aquella ciudad iba acrecentándose cada día de bien en mejor. Mas el enemigo, que nunca duerme, para hacernos mal, trabajó cuanto pudo de sembrar sobre esta buena semilla su zizaña por medio de un predicador hereje, el cual, despues de haberse arrojado á decir desde el púlpito muchas blasfemias y herejias para salir con su dañada intencion, viendo que la vida y doctrina de aquellos

(1) Recebir. (Riv.) No se hizo esta enmienda, que era oportuna.

sacerdotes que he dicho le era grande estorbo, les levantó un falso testimonio y pretendió desacreditarlos por este camino; y así, se levantó una grande persecucion contra ellos, aunque sin ninguna culpa suya. Llamaban á estos clérigos los contemplativos, porque trataban de oracion y meditacion, y aunque ellos no eran de la Compañía, sino amigos della é imitadores de su doctrina y virtud, todavía nos echaban á nosotros su culpa, como á maestros dellos, ó á lo ménos como á participantes en el delito. Procuró Ignacio que el sumo Pontífice supiese de raíz todo lo que pasaba en Parma, y su Santidad, indignado gravemente (como era justo) del caso, considerando los daños que en algunas ciudades de Italia se podrian recibir si el veneno de las herejias (como se temia) fuese cundiendo; por consejo y parecer de Ignacio, instituyó una congregacion y tribunal de seis cardenales escogidos entre todo el Sacro Colegio, los cuales con suma potestad fuesen inquisidores contra los herejes, y se desvelasen en descubrir y extirpar los enemigos de nuestra santa fe católica. Fué esta traza del cielo, porque este nuevo tribunal, no sólo ha sido provechoso á Roma, mas áun ha dado vida y salud á toda Italia. Tambien procuró con todas sus fuerzas Ignacio que lo que se decia contra aquellos clérigos de Parma, se examinase y se viesse en contradictorio juicio, y se sacase á luz, porque de pasarse en silencio no resultase alguna nota de infamia en su buena vida dellos ó en el buen nombre de la Compañía. Y aunque hubo muchos que le contradecian y resistian, al fin salió Ignacio con su intento. Y así, por pública sentencia de Ludovico Milaneseo, protonotario y vicelegado apostólico, fueron dados por inocentes y libres de toda sospecha é infamia.

CAPÍTULO VIII.

Del colegio de Alcalá.

Uno de los que arriba, en el capítulo quinto deste libro, dijimos que habia enviado el padre Ignacio desde Roma á la fundacion del colegio de Coimbra, el año de mil y quinientos y cuarenta y uno, fué Francisco de Villanueva, el cual, como por los trabajos del largo camino hubiese caido enfermo, y tuviese poca salud en Portugal, por consejo de los médicos y obediencia de sus superiores, vino á Alcalá, para ver si los aires más naturales le serian más provechosos. Adonde hallándose mejor de salud, por orden de Ignacio quedó de asiento; y siendo ya hombre en días, comenzó á estudiar la gramática y aprender con toda diligencia las declinaciones y conjugaciones, y los demas principios tan desabridos de los niños, por pura obediencia. En este trabajo gastó dos años con suma pobreza y sufrimiento, y menosprecio de todas las cosas del mudo, mas no con menor fruto y admiracion de los que le conocian y trataban; porque siendo hombre sin letras, de baja suerte y áun de nombre no conocido, sin favor humano, de tal manera supo ganar la voluntad de los más graves va-

rones y más doctos de aquella universidad, que maravillados del espíritu y prudencia que en él veian, acudian á él con sus dudas, y le tenian por maestro de su vida y por guía de sus intentos. Y mayor autoridad le daba acerca de los buenos la opinion que de su virtud se tenia, que no le quitaba la falta conocida de la doctrina. Juntáronse despues otros tres compañeros, con cuyo ejemplo se movieron algunos estudiantes á pedir la Compañía; los cuales recibidos en ella, pasaron grandes molestias y trabajos en sus principios, porque muchos se alteraron con la novedad, y más con un falso testimonio que les levantaron. De la cual sospecha, entendida luégo la verdad, fueron los nuestros dados por libres con testimonio y sentencia pública del maestro Vela, rector que entónces era de aquella universidad. Y el colegio de Alcalá, ayudándole Dios con su gracia, y muchas personas con su favor y liberalidad, y principalmente el doctor Vergara, canónigo de la magistral de Cuenca, insigne teólogo y perfecto varon, ha ido en tanto aumento, que lo tenemos hoy día por uno de los mejores colegios de la Compañía, así por el número de los estudiantes, como por el fruto que en él se ve. Seria cosa larga y fuera de mi propósito querer agora contar cuántos mancebos de excelentes ingenios y de grande expectacion en letras y virtud, y cuántas personas señaladas en sabiduria y prudencia cristiana, hayan entrado por la puerta de aquel colegio en nuestra Compañía; tanto, que me parece á mí haber sido el colegio de Alcalá el más principal seminario que la Compañía ha tenido, y como la fuente y principio de fundarla y extenderla en las provincias de España.

CAPÍTULO IX.

De las obras pías que Ignacio hizo fundar en Roma.

No solamente tenia cuidado Ignacio de las cosas domésticas y de las que tocaban al buen sér y gobierno de la Compañía, mas tambien daba la parte deste cuidado que podia al provecho de la gente de fuera. Y con esta solicitud, procuró que se desarraigasen muchos vicios de la ciudad de Roma, que por la mala costumbre ya no se tenian por tales, y que se instituyesen muchas obras de gran servicio de Dios nuestro Señor y beneficio espiritual de las almas. Y lo primero fué, que se pusiese en uso y se renovase y tuviese su fuerza aquella tan saludable y necesaria decretal de Inocencio III, en el título *De poenitentis et remissionibus*, que comienza: *Cum infirmitas corporalis*, etc. En la cual se manda que los médicos no hagan su oficio de curar el cuerpo del enfermo ántes que el ánima esté curada con el santo sacramento de la penitencia y confesion. Aunque para que mejor se recibiese, procuró Ignacio que se mitigase el rigor deste decreto con una suave moderacion, y es, que pueda el médico visitar á los enfermos una y dos veces, mas no la tercera si no estuviesen confesados. El cual decreto, con esta misma moderacion, dejó perpetuamente establecido, so graves penas,

la santidad de Pio V, en un proprio motu que sobre esto hizo. Tambien, habiendo en Roma tanta muchedumbre de judios, no habia lugar ninguno donde recibir á los que, quitado el velo de la infidelidad, por la misericordia de Dios se convirtiesen al Evangelio de Jesucristo. No habia tampoco maestros señalados que enseñasen é instituyesen en la fe á los que al gremio de la santa Iglesia se quisiesen acoger. No habia renta ninguna, ni cosa cierta, para sustentar la pobreza destos y socorrer á sus necesidades. Pues porque no se perdesse tanto fruto, no dudó Ignacio, con toda la estrechura y pobreza de nuestra casa, de recoger en ella algunos años los que se querian convertir, y sustentarlos, doctrinarlos y ponerlos despues á oficio, donde viviesen entre cristianos, como cristianos, y pasar su vida con ménos trabajo. Y así, muchos judios, movidos con la caridad de los nuestros y con el buen ejemplo de algunos de los suyos que ya habian recebido el bautismo, se convirtieron á nuestra fe; entre los cuales fueron algunos principales, que importaban mucho para la conversion de los demas; porque éstos con grande eficacia y claridad convencian á los otros judios, mostrándoles por las Escrituras que el prometido y verdadero mesias es Jesucristo nuestro Señor. Mas porque este bien tan señalado no fuese de poco tiempo, y se acabase con sus dias, con todo cuidado é industria procuró Ignacio que en Roma se hiciese una casa de catecúmenos, en que se recibiesen y sustentasen los que pedian el santo bautismo y venian al conocimiento de la verdad, la cual, aunque á costa de grandes trabajos suyos, al fin salió con ello, y la puso en perfeccion. Y para que no tuviesen estos hombres tropiezo ninguno, sino que fuese más fácil y llano el camino de convertirse á nuestra santa religion, alcanzó Ignacio del papa Paulo III que los judios que de allí adelante se convirtiesen, no perdiesen nada de sus haciendas, como ántes se usaba, ni saliesen con pérdida temporal por la ganancia espiritual é inestimable que hacian en conocer y adorar á Jesucristo nuestro Redentor, de quien habian de esperar los bienes eternos. Y áun les alcanzó que los hijos de los judios que venian á la fe contra la voluntad de sus padres, los heredasen enteramente, como ántes que se convirtiesen, y que los bienes que hubiesen ganado por usuras, de que no se supiesen los dueños (pues la Iglesia puede y suele emplear los tales bienes en pios usos y en beneficio de los pobres), se aplicasen á los mismos que se convertian en favor del santo bautismo. A lo cual, con grande aviso, despues añadieron los sumos pontífices Julio III y Paulo IV, y mandaron que todas las sinagogas de judios que hay en Italia paguen cierta suma de dineros cada año para el sustento desta casa de los catecúmenos de Roma. Y otras muchas cosas se hicieron por industria de Ignacio, así para convidar á estos infieles y traerlos á nuestra santa fe, como para conservarlos en ella. Con lo cual se ha abierto una gran puerta

á esta gente para su salvacion, y muchos de los que quedan, y del desecho de Israel (que dice el Apóstol), se han allegado al conocimiento de Jesucristo nuestro Redentor. Habia tambien en Roma gran muchedumbre de mujercillas públicas perdidas, y ardiase la ciudad en este fuego infernal; porque en aquel tiempo no estaba tan refrenada la libertad de vida en Roma; la cual despues, con la severidad de sus mandatos, han reprimido mucho los sumos pontífices, y está muy reformada y trocada aquella santa ciudad. No faltaban algunas de aquellas pobres mujeres que, inspiradas de Dios, deseaban salir de aquella torpe y miserable vida, y recogerse á puerto saludable de penitencia. Para recibir á las que desta manera se vuelven á nuestro Señor, hay en Roma un monasterio, con título de Santa Maria Magdalena, que comunmente se dice de las Arrepentidas; pero no se admiten en él sino las que quieren encerrarse para siempre, y dedicándose á la religion, gastar todos los dias de su vida en obras dignas de penitencia. Lo cual, aunque sea muy bueno, no puede ser tan universal, ni extenderse á tantas destas pobres mujeres como sería menester; porque primeramente muchas dellas, por ser casadas, no pueden entrar en religion, y así son excluidas desta guarida, y habríaseles de dar donde se recojan hasta que se tratase de las reconciliar con sus maridos, porque no caigan en peligro de la vida por buscar la castidad y limpieza. Tambien hay otras que aunque desean salir de aquel mal estado, no por eso sienten en sí fuerzas para seguir tanta perfeccion; porque no todos los que acaban consigo de apartarse de lo malo, se hallan luego con caudal para seguir lo mejor. A éstas tambien se les niega la entrada, por sus estatutos, en el monasterio de las Arrepentidas. Y así, Ignacio, mirando estas dificultades, y deseando aprovechar á todo este género de personas, de manera que no hubiese ninguna dellas que por achaque de no tener que comer dejase de apartarse de vida tan abominable y mala, procuró que se instituyese una nueva casa en que todas pudiesen ser recibidas. Comunicando pues este su designio y obra tan caritativa y provechosa con muchos señores y señoras principales, para que con su autoridad y limosna pudiese tener efecto, todos se ofrecieron de ayudar, cada uno con lo que pudiese, si se hallase quien como autor y dueño se quisiese encargar della. Porque cada uno temia de tomar sobre sí todo el peso del negocio, y queria más entrar á la parte como compañero á ayudar esta obra, que como principal encargarse de toda ella. Mas como por esta causa viesse Ignacio que ninguno comenzaba, y que se pasaban los dias y los meses sin ponerse en efecto lo que él tanto deseaba, y tanto cumplia al servicio de Dios nuestro Señor, por quitar al demonio la ocasion de más dilatarla, se determinó de comenzarla, usando de la industria que diré. De una plaza nuestra que está en Roma, delante de nuestra iglesia, sacaba en aquella sazón Pedro Codacio, procurador de nuestra casa, unas

pedras grandes de las ruinas y edificios de la antigua ciudad de Roma. Dícete pues Ignacio al procurador: «Vendedme estas pedras que habeis sacado, y hacedme dellas hasta cien ducados.» Hizolo así el dicho procurador, en tiempo que pasábamos harta necesidad, y dió los cien ducados á Ignacio, el cual los ofreció luego para aquella santa obra, diciendo: «Si no hay quien quiera ser el primero, sígame á mí, que yo lo seré.» Siguiéronle otros muchos, y así se comenzó y se acabó aquella grande obra en el templo de Santa Marta, donde se instituyó una cofadria y hermandad, que se llama Nuestra Señora de Gracia, que tiene cuidado de llevar adelante esta obra, y de recoger, amparar y proveer á semejantes mujeres. Y era tanta la caridad y celo de Ignacio para salvar las almas destas pobres, que ni sus canas, ni el oficio que tenía de prepósito general, eran parte para que él mismo en persona dejase de llevarlas, y de acompañarlas por medio de la ciudad de Roma cuando se apartaban de su mala vida, colocándolas en el monasterio de Santa Marta ó en casa de alguna señora honesta y honrada, donde fuesen instituidas en toda virtud. En esta obra de tanta caridad muy particularmente se señaló y resplandeció la bondad y santo celo de doña Leonor Osorio, mujer de Juan de Vega, que era entónces embajador del emperador don Carlos en Roma. Solian algunos decir á Ignacio que por qué perdía su tiempo y trabajo en procurar el remedio destas mujeres, que como tenían hechos callos en los vicios, fácilmente se tornaban á ellos; á los cuales respondia él: «No tengo yo por perdido este trabajo; ántes os digo que si yo pudiese con todos los trabajos y cuidados de mi vida hacer que alguna destas quisiese pasar sola una noche sin pecar, yo los tendria todos por bien empleados á trueque de que en aquel breve tiempo no fuese ofendida la Majestad infinita de mi Criador y Señor, puesto caso que supiese cierto que luego se habia de volver á su torpe y miserable costumbre. No ménos trabajó en que se socorriese á la necesidad y soledad de los huérfanos; y así, por su consejo é industria, se hicieron dos casas en Roma, la una para los niños, y la otra para las niñas que se hallan sin padre y madre, y quedan desamparados y sin humano remedio, para que allí tuviesen asegurada su castidad y el mantenimiento necesario para los cuerpos, y la doctrina y instruccion conveniente para las almas, aprendiendo juntamente los oficios en que despues de crecidos sirviesen á la república.

Tambien buscó manera para socorrer á muchas doncellas y evitar el peligro en que suele estar puesta su limpieza, ó por desenido ó poca virtud de las madres, ó por necesidad y pobreza que tienen. Y para este efecto se fundó en Roma aquel loable y señalado monasterio de Santa Catalina, que comunmente llaman de Funariis. En el cual se recogen como á sagrado las doncellas que se ven estar en peligro de perderse. Estas son pues, y otras cosas de este jaez, las que Ignacio hizo en

Roma, ordenadas todas para el bien de los prójimos y para la salud de las almas. Y en hacerlas temia esta órden: comunicaba su determinacion con hombres graves y cuerdos y amigos de todo lo bueno, y particularmente inclinados á obras de caridad, entre los cuales los que más se señalaron eran Diego Crescencio, caballero romano; Francisco Vanucio, limosnero mayor del papa Paulo III, y Lorenzo del Castillo, de los cuales Ignacio se valia mucho, no sólo para oír su consejo, mas para ayudarse de su favor é industria. Ventiladas entre ellos y allanadas las dificultades de la obra que querian hacer, se iban á representarla á algunos hombres principales, ricos y devotos, para que con su autoridad y limosna se le diese principio y se sustentase. Y lo primero era escoger algun cardenal de la santa Iglesia, el que parecia más á propósito para ser protector de la tal obra; despues hacian su hermandad, escribian sus estatutos, ponian sus leyes, daban la órden con que ella se habia de gobernar y tener en pié. Hecho todo esto, viendo Ignacio que ya podia andar por sus piés y que sin él se podia conservar, se salia afuera, dando su lugar á otro, y poco á poco se aplicaba luego á comenzar otras semejantes obras; porque era tanta su caridad, que no podia acabar consigo estar ocioso, sino que siempre andaba tratando cosas de nuevo, que acarreasen provecho y hiciesen bien á los hombres para su salvacion.

CAPÍTULO X.

Cómo se fundaron en diversas partes nuevos colegios.

Grande era el celo y la solicitud con que Ignacio se empleaba en estas cosas en Roma, siempre intento y puestos los ojos en procurar la mayor gloria divina, mas mucho mayor era el amor con que Dios nuestro Señor galardonaba este su cuidado que el mismo Dios le habia dado de su servicio, acrescentando la Compañia y moviendo los corazones de las gentes para que de muchas partes llamasen á los nuestros y procurasen tenerlos consigo, y les diesen casas y todo lo necesario. Y aunque, siendo tan pocos como entónces eran, no se podia satisfacer á todos lo que lo pedian, mas procuraba Ignacio de repartir los hijos que tenía y distribuirlos por aquellos lugares en los cuales, consideradas las circunstancias, se esperaba que resultaria mayor fruto en el divino servicio. Por esta causa, habiendo el padre Hierónimo Domenech (que mucho ántes se habia dedicado á la Compañia) ofrecido toda su hacienda para que della se fundase un colegio en Valencia, de donde él era natural, Ignacio, considerada la amplitud y nobleza de aquella ciudad, la frecuencia de la universidad y la abundancia de pueblos que tiene en su comarca para hacer salidas y aprovechar á las almas, envió á Valencia al padre Diego Miron (que de París habia venido á Coimbra, el año de mil y quinientos y cuarenta y uno, y habia tenido algun tiempo cargo de aquel colegio), y despues envió algunos otros, el año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro, para